

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menéndez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERRUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.
—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 "	18 "	32 "

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Pinar, 2, 2.º.—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.
—No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Crónica Aragonesa*, por D. Mariano de Cavia.
- II.—*Regalías de los Señores Reyes de Aragon*.—*Discurso jurídico, histórico y político*, por D. Melchor de Macanaz, (continuacion) por D. Joaquin Arnau é Ibañez.
- III.—*Una visita al general Espartero*, por D. Federico Madariaga.
- IV.—*La Mecha*.—*Narracion marítima*, por Wilkie Collins.—Traducida expresamente del inglés.
- V.—*La declaracion del castellano* (balada), por D. Baldomero Mediano y Ruiz.
- VI.—*Espectáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

CRÓNICA ARAGONESA.

¡Qué voluble, caprichosa y tornadiza es la Naturaleza! Al fin y al cabo, mujer. *At name is woman*, como dijo Shakspeare.

Apelando á ese entusiasmo que tenemos los cronistas guardado en un rinconcito del pupitre para socorrernos con él cuando bien nos parece, entonces en mi pasada crónica un ditirambo á las primaverales armonías y á las galas de la Pascua... pero ¡ay, cuán voluble, caprichosa y tornadiza es la Naturaleza! Bastaron, sin duda, los piropos que la dirigí para cambiar su faz risueña en nublado rostro. La Pascua florida me dejó por embustero convirtiéndose en Pascua lluviosa.

Y no hubo sol brillante, ni flores aromosas, ni pajarillos cantores, ni ambiente embalsamado... ¡ni toros!

Desde el helado hasta el *ardiente* polo, como ha dicho uno de nuestros segundos poetas, abrieron las nubes sus válvulas—dado que tengan válvulas las nubes—y nos pusieron como ropa de Pascua. ¡Pascua había de ser!

Las flores guardaron sus perfumes para mejor ocasion, el sol marchóse á calentarles los cascos á los zulús, el aura—llamémosla así—distribuyó cartaros á discrecion, y los árboles... ¡oh, los árboles se pusieron que daba lástima verlos! El conocido escritor D. Alfredo Escobar los vió en Sevilla y en letras de molde nos ha dicho que parecían *paraguas cerrados que goteaban*.

Créanme ustedes ó no, yo les aseguro que eso es lo que me ha producido mayor impresion en las

pasadas Pascuas. ¡Convertirse los árboles en paraguas cerrados! Causan verdadero asombro los progresos de la arboricultura... y de la retórica.

¡Nec plus ultra!

Les digo á ustedes que no ganamos para charrones.

* *

Y vino el domingo de Cuasimodo.

Y las elecciones.

Y un diluvio que por poco no salen ranas en vez de diputados.

Pero esta vez la lluvia ha sido oportuna.

—¡Ah, si no hubiera llovido! dicen los ministeriales en aquellos puntos donde han sido derrotados.

—¡Ah, si no hubiera sido por la lluvia! dicen los de oposicion allí donde ha cantado victoria el ministerio.

El aguacero del domingo ha servido, como el maná, para todos los gustos. Quien lo ha aguantado á pié firme y recogíendolo todo sobre sus espaldas ha sido el país.

Él es quien sale siempre remojado.

* *

¡Dos domingos sin corridas de toros!

Los aficionados de media España son presa de la inquietud y de la alarma.

—¡Cielos! dicen algunos, ¿si estarán las nubes subvencionadas por la Sociedad Protectora de los animales?

—¡Sólo el diluvio universal, exclaman otros, podria concluir con nuestra diversion predilecta, con la fiesta favorita de los españoles!

Un cronista madrileño, escritor ingenioso y discreto si los hay, ha propuesto que se pongan en las plazas de toros inmensas cubiertas de cristales. Con esta precaucion no sufririan detrimento los intereses de las empresas y las aficiones del público.

La idea no es nueva.

Don Antonio Flores

Nos lo dijo ya...

como dicen en *Un sarao y una soirée*.—El autor de *Ayer, Hoy y Mañana*, profetizó que en 1899 estarían los circos taurinos cubiertos de cristales. De esta suerte quedaria suprimida la fórmula *Si et*

tiempo lo permite, nueva espada de Dámocles que inesperadamente suele dar un volapié á las esperanzas de los taurómacos.

Ahí es nada... Declarar impermeables las corridas de toros... Merece meditar este problema.

* * *

No sé si decirlo con alegría ó declararlo con dolor. Ha pasado el 23 de Abril y ninguna funcion literaria se ha celebrado en Zaragoza para honrar la memoria de Cervántes.

Los cervantistas están de pésame sin duda alguna. ¿Quién sabe si Cervántes y las buenas letras están de enhorabuena?

Porque es lo cierto que el movimiento cervantista verificado en España durante estos últimos años ha producido grande acrecentamiento en los estudios críticos y literarios, pero en cambio ¡qué de extravíos y de absurdos pensamientos ha engendrado la idea de hacer más espléndida la gloriosa aureola que rodea el nombre del inmortal autor de *D. Quijote de la Mancha!*

El afán de sublimar á Cervántes sobre todo lo conocido me recuerda aquella fábula de nuestro festivo Miguel Agustín Príncipe donde unos sacerdotes, á puro de manejar continuamente el incensario delante de su ídolo, principian por tizarle de arriba abajo y acaban por romperle de un golpe las narices.

Libre está Cervántes, gracias á Dios y á su génio prodigioso, de que nadie le quiebre las narices—metafóricamente hablando,—pero ¿no tiznan sus obras los que en ellas buscan argumentos para demostrar que el insigne prosista castellano fué un náutico perfecto, un teólogo excelente, un cosmógrafo sin par, un filósofo acabado, un político profundo, un peritísimo cocinero, y un hombre, en fin, consumado en todo linaje de ciencias, artes, oficios y menesteres?

Nadie me gana en admiracion y entusiasmo hácia el gran Cervántes, pero libreme el cielo de hacer profesion de fé cervantista: entre una y otra cosa hay gran distancia.

Como soy tambien admirador y entusiasta del progreso; y no soy, sin embargo, progresista.

* * *

Ha vuelto á pasar por Zaragoza la estudiantina española que ha recorrido recientemente algunas ciudades italianas. Despues de tañer sus sonoras guitarras y repiquetear sus alegres castañuelas junto á las ruinas del Foro Romano y bajo la espléndida columnata de Bernini, á orillas del incomparable golfo de Nápoles y al lado de las desiertas ruinas de Pompeya, vienen los jóvenes escolares—¡oh inestabilidad prosáica de las cosas mundanas!—á probar delante de un severo tribunal académico la suficiencia que han adquirido en terapéutica ó en derecho civil, en la ciencia de Hipócrates ó en la de Gayo, paseando por esos mundos de Dios su buen humor y sus clásicos tricornos.

¡Dios os la depare buena, amigos escolares!—Leed por de pronto, para confortar vuestro ánimo, lo que en su última circular sobre instruccion pública dice el señor Ministro de Fomento acerca de «los estudiantes que en la época más crítica del

curso abandonan las clases y recorren el propio país como el extraño, entregándose á una vida de aventuras y haciendo formar triste juicio del escolar español.»

—Siempre las grandes empresas, dirán ellos, han sido recompensadas con injusticia é ingratitud.

* * *

El sorteo de soldados para Cuba dá origen á escenas de diverso carácter, ora tristes, ora cómicas.

Hace pocos dias subió un quinto á la plataforma donde se verifica el sorteo en la Diputacion Provincial. Introdujo la mano en la urna y estuvo largo rato revolviendo las bolas.

—Acabe V. pronto, le dijeron.

—Voy al punto, dijo, y sacó una bola blanca. ¡Estoy libre! añadió. ¡Carape, si me descuido en no revolverlas bien!

Otro quinto á quien le tocó ser destinado al servicio de la Península soltó con gran entusiasmo un *¡Viva Cuba!* ni más ni ménos que un insurrecto de la manigua; y otro á quien le cupo la misma suerte favorable, dió un salto y profirió á la vez una blasfemia y un viva á la Virgen del Pilar, singular dualismo de diction que demuestra la bondad del espíritu y la rudeza de la forma que suelen ser características en las gentes del país aragonés.

* * *

¡Felix qui potuit rerum cognoscere causas!—Este verso del mantuano vate recordaba yo hace pocos dias, al escuchar la explicacion que un amigo mio me dió acerca de una cuestion que le propuse, impertinente al parecer, pero que no deja de ser trascendental, considerada bajo cierto aspecto.

Ibamos de paseo por el salon de Santa Engracia, clásico centro de reunion para los paseantes zaragozanos.

—¿Por qué, me ocurrió preguntar de repente, abundan entre esas preciosas criaturas que de aquí para allá corretean, los niños patizambos y estevados?

—Algo caprichosa, con sus puntas y ribetes de satírica, podrá parecerme mi respuesta, dijo mi compañero, pero fijate—si es que no te has fijado ya por tu desgracia—en el pavimento, ó cosa así, de este paseo; fijate en estos pedruscos, sinuosidades y guijarros que interrumpen la monotonía del piso, y hallarás fácil y exacta explicacion á tu pregunta. ¿Cómo han de mantenerse rectas, firmes y esbeltas las delicadas piernecitas de esos tiernos retoños de la humanidad?

Ignoro si será verdaderamente fundada semejante explicacion. Aunque algo singular, puede ser bastante exacta.

¡Padres los que teneis hijos y sois concejales de la municipalidad zaragozana, atended al porvenir higiénico y estético de la poblacion de esta ciudad!

* * *

Hace algunas noches *debutó* (valga la palabreja) en un teatro de cierta ciudad que ustedes conocen, una artista lírica que no satisfizo los deseos de los inteligentes.

—¿Por qué no se vá esa *donna*, preguntó uno de ellos, con la música á otra parte?

—Ella bien puede irse á otra parte, le dijeron, pero no con la música.

—¿Por qué?

—Porque la música y ella no pueden ir juntas: son incompatibles.

MARIANO DE CÁVIA.

REGALÍAS

DE

LOS SEÑORES REYES DE ARAGON.

Discurso Jurídico, Histórico y Político, por D. Melchor Macanáz. (1)

(Continuacion.)

De ningun modo puede pasar por las atrevidas aserciones del prólogo de los Fueros coleccionados. Sin embargo de cuya repugnancia, llamadas á buen pleito la opinion de Macanáz y el *aperçu* histórico en que los fueristas de Aragon han recibido sus inspiraciones críticas relativamente á los orígenes políticos del reino, llevan los segundos mejor parte en la contienda, como de ésta falle el buen sentido, iluminado por el sano entendimiento y la razon serena.

Veamos qué dice ese prólogo, con tal porfía desautorizado por el ilustre consejero de Felipe V:

«En el tiempo que los Arabes infieles Africanos passaron en España, era dominada por Reyes Godos: y gobernada con Góticas leyes, las Romanas abolidas y del todo olvidadas. Después que los Christianos fueron de España espelidos y por los moros ocupada, la enseñorearon y sometieron á la secta Mahometana, hasta tanto que los Christianos que se recogeron en la citerior España en los montes Pireneos, en partes ásperas y fragosas, en espeluncas y cuevas, y otros lugares secretos, recobrando ánimo y esfuerzo, con el ayuda de Dios tomaron armas y descendieron á las montañas de Ainsa á la parte que se dice Sobrarbe: donde houieron muchos rencuentros con los moros, y les ganaron los castillos, villas y lugares, que en aquella partida estauan en poder de los infieles, y aquellas dominadas y reducidas á la sancta fé Cathólica con proprias fuerças, sin ayuda de Principe alguno, ni otra persona que descendiese de la línea Real de los Godos, que pudiesse pretender drecho de sucession á España (como lo fué don Pelayo, duque de Cantabria de la línea Real, que se retraxo en las Astúrias de Ouiedo: de donde començó á conquistar la vltior España como sucesor legítimo y señor natural de aquella) los Aragoneses conquistadores hizieron leyes, con que la tierra y prouincia por ellos ganada, dexada la pérvida secta de Mahoma, fuesse gobernada: é instituyeron los fueros de Sobrarbe. De manera que en Aragon primero houo leyes que reyes: con las quales, avn despues de elegidos de entre ellos Rey, viuieron,

añadiendo siempre á aquellas las que al Rey y á los del reyno parecían conuenientes.» (1)

En contrario de lo más sustancial de ese prólogo ¿qué excepciones irrefragables, quilatadas por el recto sentido histórico, pueden aducirse? ¿Que la institucion de los fueros de Sobrarbe, cuento romancescamente fantaseado por baldias crónicas que la vanidad pátria elevó á certisimos anales, se halla hoy desacreditada por entero en la opinion de los modernos historiadores? Sobre que esta afirmacion es en gran modo cuestionable, sujeta como está por lo ménos á más concluyentes verificaciones, en nada su exactitud desautoriza el bosquejo histórico trazado en aquel documento. Concedamos, pues, de lleno que no hayan existido ni reino ni fueros de Sobrarbe; todavia queda en pié el hecho racionalmente indiscutible de la precedencia de la ley popular, tomada la expresion en abstracto sentido político, sin extenderla á un entónces imposible *demos*, sobre la autoridad real.

En aquella patriótica expontaneidad de las gentes pirenaicas contra la depredacion del alarbe, ¿pudo ni siquiera haber un primero entre los mejores, que por de contado y con superior ejecucion moviera soberanamente la voluntad de los demás hácia la reivindicacion de un poder sancionado? Por todo el ámbito de nuestra península vagaban aún frescos y vivos los recuerdos de la dominacion visigótica. El principio monárquico habiase de tal modo identificado en el espíritu nacional con la forma electiva, que no se concebía aún de otra suerte la existencia del Estado. Y mal podian idearla en otro sentido aquellas pequeñas nacionalidades celtiberas, no del todo bien refundidas en el largo periodo de la dominacion romana, que al pasar de ésta á la servidumbre bárbara sintieron renacer, al contacto del individualismo germánico y bajo el influjo de su tendencia feudal, mucha parte de aquella su primitiva energia é independencia regionales y de su espíritu de tribu, que ha caracterizado siempre á la raza hispano-céltica. Por eso la reconquista del suelo pátrio ofrece en la Edad Media análogo aspecto á la defensa ibérica contra las conquistas de Roma: es por igual enérgica y local. La idea del estado nacional no fué siquiera soñada por los primeros debeladores del árabe; en su virtud, el poder monárquico nació á la larga con todos sus atributos por consentimiento de los señores, que al designar uno de entre ellos como rey, seguramente no lo harian para doblegarse humillados ante esa autoridad absoluta que eleva Macanáz al rango de no se qué instituciones pre-históricas y bajo la que á su juicio se mantienen cual meras gracias y concesiones revocables todas las públicas franquicias.

No traspasaron, pues, nuestros fueristas el límite de la más racional verosimilitud, al suponer que *en Aragon primero houo leyes que reyes*; y ya se verá despues cómo el autor de las *Regalías* se vé obligado á reconocerlo, siquiera como un fenómeno de mera significacion temporal, como una especie de fatalidad histórica que en nada empece á la sustantividad é inmanencia que él imagina á

(1) Véanse las páginas 50 y 59 (números VII y VIII) del corriente año. Causas ajenas á la voluntad de nuestro ilustrado colaborador el Sr. Arnau han motivado una solucion de continuidad durante algunos números en la publicacion de este trabajo.

(4) *Fueros y observancias de las costumbres escritas del Reyno de Aragon.* Impressos en Çaragoça en el año 1576. En la Emprinta de Gabriel Dixar.

modo de categorías eternas é inmutables del poder real absoluto.

El primer grupo de gente arriscada que desafió en el Pirineo la arrogancia del invasor, tuvo que concertarse interiormente de una ú otra suerte para llevar adelante sus empeños. Aquella voluntad colectiva, subsistiendo y afirmándose, creó ley; y ora en su primera determinacion aclamara por rey á un caudillo de prestigio y gran aliento, quier se rigiera por una tácita convencion militar que andando el tiempo se trasformase virtualmente en sistema político, el hecho fué que primero de conocerse al rey, túvose en Aragon ley y potestad, libtad de toda pleitesía. El fuero, por tanto, se explica como el suceso más natural, sencillo y hasta necesario de los comienzos de nuestro reino.

Determinar su formalizacion legal como derecho constituido, segun diríamos á la usanza de hogaño, relativamente á un momento dado de los orígenes navarro-aragoneses, parécenos tarea imposible; que aún dilucidados ciertos puntos históricos muy nebulosos, y aún probada la falsedad del reino sobrarbense, restaria todavía inquirir al que pretendiera apurar estos oscuros extremos, lo que la deficiencia instrumental dejará eternamente envuelto en sombras.

No cae, pues, no puede ni debe caer, deshecho en tristes despojos, el legítimo entusiasmo con que los aragoneses hemos defendido siempre el respetable abolengo de nuestras libertades, *palladium* brillante de la dignidad de un pueblo ilustre en tiempos de hierro y opresion y fuerza, anticipacion del hoy tan celebrado *self-government*, que aun teniendo para el Reino-Unido su punto de arranque en la Carta-Magna de Juan Sin Tierra, cae históricamente por debajo del régimen de libertad que ya en la segunda década del siglo XIII debió servir necesariamente de norma reguladora en las relaciones políticas de los súbditos aragoneses entre sí y con el monarca.

En balde Macanáz, con el poder de sus talentos y el tesón de una enemiga declarada, pretende sujetar los desarrollos de nuestra historia constitucional—¿por qué no hemos de llamarla así?—á conceptos é ideas particulares. Los primeros párrafos del discurso que sigue inmediatamente al «Informe sobre el gobierno antiguo de Aragon,» acusan algunas contradicciones de bulto, nacidas del prejuicio constante y del menosprecio, tanto histórico como político, que arrastran y precipitan desde luego el ánimo de su autor.

«Quieren, dice, fundar los aragoneses en sus fueros, observancias é historias, que primero hubo leyes que reyes en Aragon, fundados, añade la primera nota de este capítulo, en la carta de Juan Jimenez Cerdan, que está al fin de las observaciones, impresa en 7 fólíos; refiérese tambien en la prefacion de fueros, impresa año de 1624 (1); y sin otro fundamento que el de esta carta y la historia del Príncipe D. Carlos, lo traen los anales de Aragon (Zurita, tom. I, cap. 5) y las crónicas en el principio.»

(1) La excelente coleccion, tip. gót., de que hemos copiado esta prefacion, arroja, segun se ha visto, la fecha de 1576, anterior en veintiocho años á la que parece dá Macanáz como de primera prensa.

Harto clara se vé aquí la desestima en que el Intendente de nuestro antiguo reino tiene esa opinion de la precedencia de la ley, sin embargo de cuyos repulgos no puede ménos de asentir como de pasada, y á esto nos referiamos líneas atrás, á la exactitud categórica de aquel juicio.

«Cierto, escribe en el segundo párrafo, que primero hubo leyes que Reyes en todos los reinos del mundo, pero no se hallará uno solo que despues de haber elegido Rey haya tenido ménos potestad que la que sueñan los aragoneses que han tenido sus Reyes. Y cuando destierran del Príncipe la potestad, debieran desterrar de sus escuelas la memoria de los principios que Justiniano estableció, y en la *instituta* enseñan á los niños; y tambien lo que sus historias y libros de jurisprudencia nos dicen de que el Rey es absoluto, tiene de Dios la potestad, no reconoce superior en lo temporal, ni al Papa en otros casos que en los de fé y religion.»

Y como si todavía hubiera temido quedarse corto en su profesion de fé regalista la enérgica voluntad del insigne ministro, añade á renglon seguido:

«Y dado y no concedido que fueran singulares en el mundo debieran callar sus autores que aunque la primera eleccion de Rey fué en ellas voluntaria, se hizo despues necesaria por haber renunciado *el derecho de revocar* el Rey electo, y haber de reconocer precisamente á los sucesores por sus reyes.»

Con ideas tales, fortalecidas por una gran energia de carácter y una ilustracion política muy superior á cuanto por entónces solia privar en el consejo de los monarcas españoles, no era dudoso el resultado de la gestion consultiva evacuada activamente por D. Melchor de Macanáz, pues si con las pasadas turbulencias y enconadas rebeldias de los aragoneses habian quedado heridos de muerte sus fueros político-administrativos, ¿qué no iba á suceder después de un total triunfo (que habia privado á Aragon del amparo y convenios diplomáticos á que Cataluña pudo remitir su esperanza, con cansado afan puestos en las conferencias de Utrecht), conducido perseverantemente á su último resultado por el esfuerzo de Macanáz? Quien no cejó un momento. Cuando el decreto de 26 de Junio, expedido por Felipe V en Corella, limitó las facultades del Intendente, privándole de jurisdiccion y concediendo toda ésta á la Junta del Real Erario, sorprendido Macanáz de tan benévola y blanda medida para los aragoneses, redobló sus trabajos con más constancia y brío, hasta que por otro decreto de 3 de Agosto del mismo año logró ver desembarazada la jurisdiccion de su Intendencia en el seno de la Junta, que al fin, después de cercenadas poco á poco todas sus atribuciones, fué extinguida por completo é investido Macanáz por régia delegacion de absolutas facultades.

Este definitivo golpe cambió radicalmente el modo de ser de nuestro reino. Habia venido al suelo su tradicional autonomia, que seguramente en el orden administrativo pudiera aun hoy servir de envidia, ya que no de modelo por lo anticuada, á los actuales mantenedores del pacto sinalagmático.

(Se concluirá.)

JOAQUIN ARNAU É IBAÑEZ.

UNA VISITA AL GENERAL ESPARTERO.

I.

Terminada en Marzo de 1876 la segunda guerra civil, el grande ejército del Norte,—el más fuerte y numeroso que ha existido en España,—experimentó la necesidad de desprenderse de muchas de sus unidades orgánicas y de combate, con objeto de reforzar las á la sazón reducidas guarniciones de los distritos militares de la Península.

Mi batallón (Reserva núm. 5), recibió la orden de emprender la marcha para Valencia á jornadas ordinarias. Nos hallábamnos entonces acantonados en Junguito, pueblecillo próximo á la capital de Alava, situado á la izquierda de la carretera que va desde Vitoria á Salvatierra.

La noticia de que dejábamnos de pertenecer al ejército del Norte, causó en el ánimo de todos una profunda tristeza. ¡Qué misterios tan insondables se esconden en el fondo del corazón humano! Lo mismo en el país euskaro que en Navarra, nuestra vida no había sido la vida del placer, sino la dura vida de campaña, llena de sufrimientos y fatigas, y sin embargo, alejarnos de aquellos sitios era para nosotros un verdadero dolor. No bastaba á mitigarlo ni aun la risueña expectativa de que íbamos á buscar el país de las flores, del perfume y de la luz, que el inmortal Zorrilla ha llamado con razón hace poco:

«Ventana del paraíso.»

¡Y cómo no sentir nuestra forzosa separación, si en cada lugar leíamos una página interesante, escrita para muchos acaso con la sangre propia! Nos íbamos, y allí quedaban: Somorrostro, de triste y glorioso recuerdo; Montejurra, centro de todas las miradas; Pamplona, indómita, á pesar de su prolongado cerco; Oroquieta, revelación de la capacidad militar de Moriones; Monte-Muro, donde aún vaga la sombra del insigne Concha, que halló en el combate la muerte de los Turenas; Bilbao, la invicta villa, cuyas hechiceras mujeres hicieron del peligro una fiesta, y de la alegría un reto, que continuamente arrojaban al rostro del sitiador; Irún, cuya liberación dió á conocer á los anhelantes espectadores franceses el desnudo de nuestro soldado, sin rival para la guerra de montaña; el valle de Mena, con sus continuos y desapercibidos combates; la línea del Orío, con su sangrienta historia; Estella, asombrada aún del papel importante que le cupo desempeñar; Amorevieta, que trae á la memoria un prudentísimo convenio, injustamente apreciado al pronto, calurosamente aplaudido luego; Elgueta, célebre por su batalla y por su cura; Peña-Plata, última trinchera, con tanto tesón defendida como valerosamente tomada; Salvatierra, de donde millares de familias salieron á buscar refugio en medio de nuestras filas... Allí quedaban el pico de Gorbéa, en el que tantas veces habíamos tiritado de frío, envueltos por espesísimas nieblas; aquella formidable meseta de Monte-Esquinza, campamento de gran parte del ejército por espacio de ocho meses; aquel reducto de Cáceres, teatro de una defensa heroica; aquellas peladas rocas que señalan el punto donde en Zumelzu dieron los lanceros del Rey su célebre carga, carga que nunca olvidarían los cazadores de la Habana, ni los soldados de Soria, ni la gente de mi batallón; allí quedaban en Villarreal, en Gójain, en Restia, en Bernedo, en las Muñecas, en Tolosa, en Orduña, en Durango, en San Martín, en la Borunda, en los empinados cerros, en los encantadores valles, en los blancos caseríos, en los solitarios fuertes, en los inac-

cesibles peñascos, en las alamedas de los caminos, en los áridos riscos, en las veredas de difícil paso, en la ancha carretera, en las piedras miliarias, en los árboles, en las cristalinas fuentes, en los cenagosos pantanos, en la luz, en el color, en el ambiente, bajo el suelo mismo, tumba ¡ay! de tantos hermanos, allí quedaban, sí, páginas de nuestra vida, testigos de nuestros pesares, recuerdos de poesía infinita, sombras del pasado, pedazos de nuestro propio corazón.

Y á estos recuerdos de carácter general, se unían los relativos á cada individualidad determinada.

En tiempo de guerra se hace uno muy pronto amigo de media docena de personas de cada pueblo, y hay algunas de estas que lo son del ejército entero. ¿Quién no ha conocido, por ejemplo, al digno y venerable cura de Elorriaga, al buen padre D. Fernando, el primer floricultor y horticultor de España sin disputa? ¿Qué oficial ha dejado en Miranda de Ebro de hacer guiños y lanzar suspiros delante del mostrador de aquellas lindas y amables hermanas de la *tienda de chocolates*? ¿Quién que haya pasado por Durango no recuerda la graciosa polla que enfrente de la iglesia Mayor atraía con su agrado á los parroquianos? ¿Quién no se ha comprado guantes sin necesitarlos, y sólo por sentir la frución de placer que le producía al calzárselos la guanterita de Vitoria? ¿Quién ha olvidado á Ollauri y la esquisita galantería de los marqueses de Teran? ¿Y las alegres bailarinas de Amurrio, tipos verdaderos de la mujer inglesa, hospitalaria y afectuosa, á pesar de su seriedad aparente? ¿Y el organista de Arechavaleta, que sabía de memoria los nombres y apellidos de todos los oficiales y hasta las propuestas de que habían ido incluidos? ¿Y el alcalde de Santa Cruz, valeroso guía de toda columna que marchaba á puestos de peligro y confianza?

¡Ay! todo esto que nos había acompañado por tanto tiempo, era forzoso dejarlo. ¡Adios, camas de siete pisos ó de ninguno, pues la transición era brusca; adios, patronas de blancas cofias y delantal limpiecillo; hambres de Pipaon y abundancias de Délica; tocino podrido de Baroja y gordas gallinas de Ecala; lentejas de Contrasta y carne de cerdo de Samaniego; vinillo fuerte de Peralta y dulce mosto de la Bastida; hielos, nieves de Sierra Urbasa y calores de la Llanada; hogares siempre ardiendo y pantorrillas eternamente al aire; varones con paraguas bajo el brazo y hembras con la *herrada* sobre la cabeza; adios, alcaldes pacientísimos y secretarios llenos de malicias; pan de *borona* y *sagardua*; leña verde y crucifijos secos; adios, monumentales arcones donde cabe toda una familia; adios, buenas gentes que ladráis en vez de hablar, y que si no habeis hecho la guerra en el campo, no es floja la que sostuvisteis con los asistentes... ¡Adios! tal vez para siempre ¡adios!

II.

Emprendimos, pues, la marcha y *copiando*—como se llama en la milicia al acto de trasladarse uno por sus propios piés de un punto á otro,—llegamos á Logroño á los cuatro ó cinco días.

Durante el curso de la guerra, Logroño ha sido diferentes veces punto de residencia del cuartel general. Era, por lo tanto, ciudad de muchos amigos, para todos los oficiales. Allí abundaron los abrazos, las preguntas, los convites á café y copitas, las tiernas despedidas, los suspiros, las promesas y hasta las lágrimas. En la capital de la Rioja fue donde realmente dimos *al Norte* el último adios.

Los soldados de mi batallón eran casi todos riojanos, y quien dice riojano, dice inteligente en vinos. Para el soldado riojano la geografía no tiene mas

importancia que bajo el aspecto vinícola. Los países son magníficos cuando el vino es bueno y barato; regulares cuando el líquido, aunque malo, cuesta poco, y el peor país, ya se sabe, es para ellos aquel en el cual se bautiza el vino y es caro. Bajo este punto de vista, á Madrid lo consideran como un villorrio detestable. Es indescriptible el gēste de desdén y de asco con que pronunciaban el nombre de la corte de España.

Siendo riojanos y estando en vísperas de abandonar la Rioja, era forzoso que tomasen algunos tragos para llevar el recuerdo en el gāzrate. Menudearon las peticiones de licencias, y siendo justo dar un poco de expansión á aquellas pobres gentes, nuestro jefe obtuvo permiso para que el batallón se detuviera en Logroño durante tres ó cuatro días. Escuso decir que la noticia causó general alegría.

III.

Pues ya que nos detenemos, es preciso despedirnos del general Espartero, dijeron varios oficiales.

La idea fué acogida con grande entusiasmo.

Todos deseaban conocer personalmente á la gran figura militar de la España contemporánea.

El Teniente Coronel, que lo era Gonzalez Tablas, actual coronel del 19.º de línea, me comisionó para que pidiera al ilustre guerrero el oportuno permiso para pasar á ofrecerle nuestros respetos.

Me taltó tiempo para cumplir mi comision. Apenas recibí la órden, me puse en movimiento. A los cinco minutos estaba delante de la morada del general Espartero.

Los que conocian la sencillez de sus costumbres no extrañarán que tuviera yo que dar un aldabonazo en la puerta solariega. Al instante se abrió; y un criado sin librea y careciendo de ese aire insolente, — á pesar de sus cortesías, — de los demás de su misma especie, me preguntó lo que deseaba.

—¿Se puede ver al general? le dije.

—Pase V.

Subimos una escalera situada enfrente de la puerta que conduce á las habitaciones de la derecha. Pasada la primera de aquellas, el criado me dijo, señalándome la inmediata:

—Voy á pasarle recado, porque está aquí.

Penetré en ella, y le oí que decía:

—Señor: aquí está un capitan.

—Que entre, contestó una voz que llegó hasta lo más profundo de mi corazón. Era la voz de Espartero. La oía por primera vez en mi vida.

Antes de pasar adelante, me parece oportuno que dé al lector cuenta de mi asombro por la facilidad con que notaba podía acercarme al pacificador de España. Aun cuando yo no ignoraba la sencillez de sus costumbres, suponía, sin embargo, que el delicado estado de su salud, que era notorio, y su altísima posición social, si bien no serian causa bastante para largas antesalas, á lo ménos exigirían, como natural intermediario, alguna otra persona que un criado, y criado de escaleras abajo. Por lo visto, aquel lo era tambien de escaleras arriba. Consideré entonces cuánta diferencia hay entre los hombres de verdadero mérito y positivo valer, y esos otros plebeyos endiosados que para alzarse algunas pulgadas sobre su insignificancia personal, rebajan ó pretenden rebajar á los demás á la sombra de una posición que nunca merecieron, dándose aires de hombres superiores y rodeándose de ceremoniales y altanerías.

El criado me dejó paso franco. Vi modesta habitación, donde habia una mesa de billar y dos buta-

cas pequeñas á cada lado de lo chimenea, en la que ardía abundante fuego. Los demás objetos no los recuerdo, ni creo que los ví. El hombre que estaba en aquella habitación era el que yo anhelaba conocer.

Entré.

FEDERICO MADARIAGA.

(Se concluirá.)

LA MECHA.

NARRACION MARÍTIMA, POR WILKIE COLLINS.

(TRADUCIDA EXPRESAMENTE DEL INGLÉS.)

Habia una vez... En resumen, señoras y caballeros, voy á contaros lisa y llanamente cómo estuve á punto de perder la vida, gracias á una mecha y una vela. Las cosas pasaron del siguiente modo.

No era yo mayor que un baston cuando me dedicaron al aprendizaje marítimo, y tan bien supe aprovechar el tiempo, que me hicieron segundo á la edad de veinticinco años. Ocurrió esto hácia el año 1818 ó 19; no recuerdo la fecha exactamente. Disimuladme si me falta la memoria para precisar las fechas, nombres, cifras y lugares... Para lo que no me faltará—estad seguros de ello—es para los detalles de lo que os voy á contar. Todos los guardo aquí, en mi cabeza, y los veo en este instante claros como la luz; pero una niebla se extiende sobre todo lo que pasó ántes y otra sobre todo lo que sucedió despues, y no es probable que estas nieblas se disipen ya á la edad que tengo.

Pues allá por 1818 ó 19, cuando esta parte del mundo gozaba de la paz, —¡ya era tiempo! me direis—se batía el cobre lindamente en aquel territorio que nosotros los marinos conocemos con el nombre de continente español (1). Las posesiones españolas en la América del Sur se habian rebelado y declarábase independientes pocos años ántes. Las persecuciones y matanzas no se echaron de ménos entre el antiguo y el nuevo régimen; pero éste llevó por lo comun la mejor parte, gracias al general Bolivar, famoso en su tiempo, aunque no todos recuerdan hoy su nombre. Los ingleses é irlandeses que se sentian con ganas de batirse y que nada tenian qué hacer en su país, iban á unirse al general en calidad de voluntarios, mientras algunos de nuestros negociantes se aprovechaban del rio revuelto, enviando á través del Océano provisiones de todo género al partido popular. Algunos riesgos se corrian sin duda, pero por cada dos especulaciones que fracasaban, habia una que salía bien y que indemnizaba ámpliamente de las pérdidas. Este es el principio del verdadero comercio, tal como he podido estudiarlo por esos mundos de Dios.

Entre los ingleses mezclados en estos negocios hispano-americanos, tuvo tambien este servidor vuestro su pequeña intervencion. Yo era entonces segundo en un brick perteneciente á cierta casa de la City (2) que hacia el comercio en grande, principalmente en países extraños y alejados del nuestro cuanto fuera posible. Aquel año fletó el brick con un cargamento de pólvora para el general Bolivar y sus voluntarios. Nadie, excepto el capitan, sabia cosa alguna de las instrucciones dadas cuando se hizo á la mar el barco; el capitan, por su parte, no se mostraba muy contento. No puedo decir exactamente cuántos barriles de pólvora llevá-

(1) Spanish main.

(2) Barrio comercial de Lóndres.

bamos á bordo ni cuánta pólvora contenía cada barril; lo único que sé es que no llevábamos otro cargamento. El nombre del brick era la *Buena Intencion*... ¡Vaya un nombre á propósito, direis de fijo, para un barco cargado de pólvora y enviado al socorro de una revolución!

La *Buena Intencion* era la más decrepita y desvenecijada de las viejas cáscaras de nuez que me habían llevado por el mar, y por añadidura la peor provista y equipada. Su porte era de doscientas treinta ó doscientas ochenta toneladas y su tripulación de ocho hombres al todo, lo cual era risible, atendido el número que de derecho correspondía al brick. Sin embargo, como estábamos bien pagados y con toda regularidad, no nos quejábamos en demasía; verdad es también que nuestro salario estaba bien ganado, porque, amen de los ordinarios peligros de irse á pique, etc., se nos ofrecía *ainda mais* el de saltar por los aires cuando menos pensáramos en ello. A causa del género de nuestro cargamento, se nos abrumó con nuevos reglamentos que maldito si eran de nuestro gusto; el encender nuestras pipas y nuestras linternas tenía cien mil pares de bemoles, y como suele suceder en casos semejantes, no todo lo que el capitán nos ordenaba lo cumplía él mismo. Ninguno de nosotros, por ejemplo, estaba autorizado para bajar con un cabo de vela encendido; el patron, en cambio, siempre usaba luz para acostarse ó examinar sus mapas. Servíase de una vela de las más comunes, de las de ocho ó diez en libra, puesta en un candelero viejo, torcido y abollado, cuyo estaño dejábase ver bajo los restos del barniz. Más digno de un marino y más conveniente bajo todos conceptos hubiera sido que usase lámpara ó una linterna, pero él había tomado cariño al candelero aquel. Pues bien—y no hagais caso de que yo diga muchas veces *pues bien*, porque esta es una frasecilla que le ayuda á uno á contar mejor,—nos hicimos á la vela, nos dirigimos primero á las islas Vírgenes, en las Indias occidentales, luego aprovechando el viento hacía las Antillas, y por fin navegamos hacía el Sur hasta que un día la bocina del vigía nos anunció: *¡Tierra!* desde la punta del palo mayor. Era la costa de la América Meridional. Hasta entonces habíamos hecho un admirable viaje, sin perder nada en nuestros aparejos y sin que se desafiñase un solo hombre dando á las bombas. No sucedía muy á menudo esto de que la *Buena Intencion* hiciera viajes semejantes; yo os lo aseguro.

Enviáronme allá arriba para asegurarme de que efectivamente había tierra á la vista. Cerciorado de ello y luego que hube dado cuenta al patron, bajó éste á dar un vistazo á su mapa y sus notas de instrucción. Volvió al puente y mandó mover hacía el Este, si no recuerdo mal; el hecho es que ya era de noche cuando atracamos.—Habíamos sondeado cuatro ó cinco piés de profundidad, seis quizás; y como nadie de nosotros estaba familiarizado con las corrientes de aquella costa, yo cuidaba de que no derivase la embarcación. Extrañábamos todos que el capitán no mandara echar anclas; pero él nos dijo:—No, lo que necesito es colgar un farol en lo alto del mastelero chico y esperar que otra luz me conteste desde la orilla. Hízose así, pero ninguna luz respondió. Era noche de luna y de gran calma; desde tierra soplaba un ligero vientecillo. Creo que estuvimos esperando cosa de una hora, poco más ó menos; por fin, en vez de luces en la orilla, vimos una lancha que hacía nosotros venía con dos remeros solamente.

Les hablamos con la bocina, y respondieron:—*¡Amigos!* despues de saludarnos por nuestro nombre. Subieron á bordo: el uno era un irlandés, el otro un piloto indígena de color de café que mascullaba el inglés un poco. De manos del irlandés recibió el patron

un billete, que me enseñó enseguida. Informábanos este billete de que la parte de la costa donde nos encontrábamos ofrecía poca seguridad para alijar el cargamento, puesto que el día ántes habían sido presos y fusilados en las cercanías unos espías del enemigo—esto es, del antiguo gobierno;—que podíamos confiar el brick al piloto indígena y que éste tenía instrucciones para llevarnos á otro punto de la costa. Este billete llevaba las firmas exigidas, de suerte que dejamos al irlandés volverse solo en su barca, quedando en manos del piloto el mando legal del brick. Alejóse éste de tierra más y más hasta mitad del día siguiente, de modo que pudiera atracar de nuevo ántes de media noche. Era el tal piloto uno de los tipos peor encarados que en mi vida he visto, un bribon de mestizo flacucho y seco, que se puso á renegar de nosotros en un chapurrado insoportable, hasta que á todos nos entraron ganas de echarlo al agua. El patron restableció la tranquilidad y yo ayudé al patron, porque siendo el piloto cosa impuesta, debíamos sacar de él el mejor partido posible. Sin embargo, hacía la caída de la tarde tuve la desgracia de armar camorra con él. Iba á bajar, con su pipa en la boca, cuando yo le detuve, por ser lo que hacía contrario al reglamento: trató de empujarme á un lado, pero yo le aparté, y sin ser mi intención la de derribarlo á tierra, no sé cómo diablos fué ello que cayó. El tunante, levantándose rápido como el rayo, tiró de su cuchillo; yo se lo arranqué, dando de paso una buena bofetada en aquella cara de asesino, y tiré el arma fuera del barco. Al alejarse, echóme una mirada aviesa; yo no me fijé entonces en la tal mirada, pero más adelante me acordé de ella sobradamente.

Atracamos de nuevo, precisamente cuando el viento iba á faltarnos, entre once y doce de la noche, y echamos anclas con arreglo á las órdenes del piloto. Estaba completamente oscuro y sin moverse un pelo de aire. El patron hallábase de cuarto sobre el puente con dos ó tres de nuestros mejores hombres. Los demás permanecían abajo, excepto el piloto que se hallaba acurrucado, más bien como una serpiente que como un cristiano, en el castillo de proa. A mí no me tocaba estar de cuarto hasta las tres de la mañana, pero no me gustaba el aspecto de la noche, ni el del piloto, ni el de las cosas en general, y me dejé caer sobre el puente para descabezar un sueño y estar dispuesto al instante para lo que pudiera ocurrir. De lo último que me acuerdo es de que el patron me dijo en voz baja que no le gustaban mucho las trazas que tomaba aquello y que iba á bajar para repasar una vez más sus instrucciones.—Sí, eso es lo último que recuerdo anterior al sueño en que caí, mecido por el vaivén pesado y regular del brick sobre las olas.

Un ruido que venía del castillo de proa me despertó: era el ruido de una lucha. Inmediatamente sentí que me ponían una mordaza: un hombre me oprimía el pecho, otro me sujetaba por las piernas; en medio minuto fué sólidamente atado de piés y manos. El brick había caído en poder de los españoles. Estos hormigueaban sobre cubierta. Seis veces seguidas escuché el lúgubre chasquido del agua; luego ví herir al pobre capitán, y acto contínuo caer al mar el séptimo cadáver. Toda la tripulación había perecido, excepto mi persona. ¿Por qué me perdonaban? No pude adivinarlo hasta que el piloto, inclinándose sobre mí con una linterna en la mano y una sonrisa en los lábios, hízome con la cabeza cierta señal que quería decir sin duda alguna:

—Tú eres el hombre que me echó por tierra y me dió de bofetadas... En desquite voy ahora á jugar contigo al juego del gato y el ratón.

Yo no podía hablar ni moverme. Ví á los españoles abrir las escotillas y empezar á sacar el cargamento.

Un cuarto de hora despues, percibí el ruido que hace en el agua una goleta ú otra embarcacion ligera. Nos abordó este barco y los españoles se pusieron á trasladar su presa: todos trabajaban de firme, menos el piloto, que de cuando en cuando venia á contemplarme de cerca, siempre con la misma diabólica sonrisa y el mismo gesto. Hoy ya soy bastante viejo para confesar sin vergüenza la verdad, y francamente confieso que me daba miedo el tal piloto.

El miedo, las ligaduras, la mordaza, la imposibilidad de mover pié ni pierna, me habian aniquilado, ó poco ménos, mientras duró la faena de los españoles. Iba á apuntar el alba; ya habian trasportado gran parte de nuestro cargamento á su barco, pero no la totalidad, y eran muy capaces de largarse á punto de día con lo que habian pescado. Excuso decirlos que yo estaba ya resignado á lo peor que pudiera sucederme.

El piloto debia ser un espía del enemigo, que habia logrado sorprender la confianza de nuestros consignatarios. El, ó probablemente los que de él se valian, habian olfateado nuestro arribo y el género de nuestro cargamento; habíase escogido para que anclásemos el fondeadero más á propósito para una sorpresa, y purgábamos, por fin, la falta de una tripulacion completa. Todo esto saltaba á la vista; pero ¿qué era lo que el piloto queria hacer de mí? A fé que sólo el recordar lo que hizo pone carne de gallina. Apénas salieron todos del brick, excepto el piloto y dos marinos españoles, cojiéronme estos y, amordazado y sujeto como estaba, lleváronme á la sentina, donde quedé amarrado de suerte que pudiera volverme de costado, pero no con la libertad bastante para cambiar de sitio. Ellos, que por cierto me parecieron un poco bebidos, se fueron enseguida; el piloto, que estaba tan sereno como yo lo estoy ahora, se quedó.

Permanecí en la oscuridad durante un rato; mi corazon latia como si hubiera querido saltárseme del pecho. Al cabo de unos cinco minutos apareció el piloto. Traia en una mano el maldito candelero torcido del capitán y una barrena de carpintero, en la otra llevaba una cuerda larga y fina de algodón untado de aceite. Puso el candelero, con una vela encendida en él, á tres palmos de mi rostro y junto á la pared del barco. Escasa era la luz, pero suficiente para permitirme distinguir una docena de barriles de pólvora, poco más ó ménos, puestos en la sentina alrededor de mí. Apénas los percibí, sospeché su propósito: el terror se apoderó de mí de piés á cabeza, y el sudor empezó á correrme por el rostro como el agua. Le ví seguidamente dirigirse hácia uno de los barriles de pólvora apoyados contra las paredes del brick, cerca de la vela y á unos tres piés de distancia. Hizo un agujerito en el barril con su barrena, y la horrible pólvora, negra como los infiernos, empezó á caer en el hueco de su mano, puesta allí para recoger aquella. Cuando tuvo ya un buen puñado, cerró el agujero con un cabo del hilo de algodón con aceite, frotó despues el hilo con pólvora hasta que lo hubo enteramente ennegrecido, y enseguida—tan cierto es lo que digo como la existencia del cielo que está sobre nuestras cabezas—aproximó á la vela encendida cerca de mi rostro aquella larga, delgada, negra y espantosa mecha, y la arrolló varias veces al rededor de la vela, en una tercera parte de ésta, contando desde la llama hasta el borde del candelero. Hizo esto, se aseguró de que mis cordeles estaban fuertemente atados, y por fin, juntando casi su rostro con el mio, murmuró á mi oído:

—¡Vas á volar con el barco!....

(Se concluirá.)

LA DECLARACION DEL CASTELLANO.

BALADÁ.

(TRADUCCION DE V. HUGO).

Oyeme, cándida niña,
y de tu natal campiña
abandonando el confin,
al bosque ven dó galopa,
al retirarse, mi tropa
llamada por el clarín.

Finó el invierno, amor mio;
ya el hálito del estío
presta á las rosas colores
y en la noche placentera
tendió por tí, en la pradera,
su vesta llena de flores.

¡Quién fuera, gentil Mariana,
cordero de blanca lana
por tu sombra protegido,
ó ave que audaz surca el viento
para alcanzar de tu acento
un eco desvanecido!....

¡Quién fuera, ingénua aldeana,
el monje de barba cana
en su santo tribunal,
cuando tu boca murmura
á su oído, casta y pura
la confesion general!....

¡Quién fuera de noche, hermosa,
la nocturna mariposa
que gira por el ambiente
y que, con ala liviana,
de tu gótica ventana
bate el vidrio trasparente,

cuando tu seno de nieve
libre se vé del aleve
corsé que tu talle aprieta
y, por no verte en reflejo
desnuda, sobre tu espejo
estienes gasa discreta!....

Oye mi ruego, Mariana,
y en vez de la mejorana
que orna tu sien virginal,
radiará en tu pura frente
el brillo resplandeciente
de mi corona condal.

Y puesto que yo, Mariana,
te he de hacer mi castellana
sólo en cambio de tu amor,
abandona tus praderas,
á ménos que no prefieras
que me convierta en pastor.....

BALDOMERO MEDIANO Y RUIZ.